

nante, la clase dominadora, sí es profundamente, abyectamente, inmoral. El pueblo se encuentra frente a un elemento social que lo oprime y lo acongoja en nombre de una moral mentida; de una clase que invoca el patriotismo y asiste impasible a la expatriación de millares de haraposos y a su perecimiento en las pestilencias de Panamá, en el paludismo del Brasil o en los rigores de las islas Hawai; que habla de piedad y deja que a miles mueran los tuberculosos en las casas insalubres; de fraternidad, y explota y consume a los niños y las mujeres en las fábricas y hace de los adultos mineros carne segura de hospital; que invoca la justicia y defiende todos los privilegios; que a la sumisión ante la iniquidad le llama orden, y al grito de dolor, al ansia vengadora de un corazón lastimado que prorrumpe en quejas repitiendo palabras de Cristo, lo llama rebeldía.

El pueblo sabe que esa clase social, que primero lo sujetó con la fuerza, después lo redujo con las coacciones religiosas, mintiendo el espíritu del Evangelio, haciendo de una doctrina profundamente revolucionaria y comunista un sistema quietista y amparador de la inicua posesión de los bienes de Dios por un grupo de hombres; que más tarde sustituyó la coacción religiosa por la coacción del honor, por falsos estímulos de la probidad, y que hoy, quebrado el sortilegio religioso y desaparecido el supersticioso respeto a la ley, torna a la fuerza, fiando a la Policía y a la Guardia civil la confirmación de una paz precursora de la muerte del pueblo; una clase que ahora, en sus agonías, se acoge a los desprendimientos de los grandes negocios, a las tercerías inconfesables, a las iniquidades más inauditas, vistiéndolas con nombres sonoros; una clase que ha infiltrado en la palabra honradez esencias incompatibles con la rectitud nativa, con todas las grandes ideas de que los nobles y altos espíritus de la Historia fueron siem-

pre enamorados; una clase, en fin, que defiende sañudamente sus concupiscencias y sus egoísmos sin sentirse estremecida y acongojada generosamente por el padecer de sus hermanos, de sus compatriotas, de sus convecinos, sabe que esa clase es, aunque su conciencia esté dormida, aunque aletarguen su espíritu palabras de falsos valores, irrevocablemente inmoral.

¿Qué de extraño tiene que ese pueblo, así angustiado, así oprimido, así escarnecido, proyecte sus amarguras sobre los que ante él ostentan la representación de los opresores? Es que se van formando dos morales; es que, dentro del ámbito nacional, hay la moral de la clase dominante, que es la moral de la sumisión, y la moral de la clase dominada, que es la moral de la rebeldía. Para aquélla, la honradez consiste en acatar la ley; para ésta, en romper esa ley que la ahoga, en subvertir el orden, en arrancar uno a uno los cimientos de un régimen social en vísperas de disolución. Y al choque entre dos tan opuestos criterios, unos a otros se reputan inmorales, creyendo los dominadores que los caudillos de la plebe defienden tan sólo sus egoísmos; creyendo los dominados que los representantes de las clases alta y media procuran tan sólo sus concupiscencias y granjerías. Y ambos están equivocados si sus acusaciones las concretan sobre una personalidad; pero ambos en lo cierto si extienden sus acusaciones a la gestión de toda una clase.

¿Cómo concluir con eso? Porque es verdad, así no se puede gobernar; ni así ni de ningún modo. En adelante en España no podrá gobernar ningún Gobierno; sus manos están atadas por esta situación social que hace desfilas lo justo entre las frenéticas ansias de unos dominadores cuya presa se escapa y las angustiosas convulsiones de unos dominados en quienes acabó la resignación. Mientras ese estado no concluya España no será nación, no será país